823.
N
PR5774
.L6
S6

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del Editor

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

El amor y el señor Lewisham

CAPITULO PRIMERO

PRESENTACIÓN DEL SEÑOR LEWISHAM

No hay en este capítulo nada concerniente al amor; el enemigo no aparecerá real y efectivamente hasta el capítulo tercero. Ahora vemos al señor Lewisham estudiando. Hace de esto diez años, y en aquel tiempo desempeñaba el cargo de maestro auxiliar en la *Whortley Propietary School*, de Whortley (Sussex), con el haber anual de cuarenta libras, de las cuales había que descontar quince chelines semanales, para pago del hospedaje en casa de la señora Munday, modesta tendera establecida en West Street. A fin de que no se le confundiera con los alumnos mayores, se le llamaba «Señor», y él especificó terminantemente que, para hablarle, se le dijera «Señor».

Vestía traje negro, blanqueado en las solapas y en las mangas por el polvillo de la tiza escolar. Vello suave cubríale el rostro; apuntábale el bigote. Tenía mediano aspecto, diez y ocho años de edad, cabello rubio, peinado sin esmero, nariz larga y sobre ella anteojos completamente inútiles, pero que debían hacerle representar más edad, con objeto de mantener mejor

la disciplina. En el preciso instante en que esta historia comienza, el señor Lewisham estaba en su cuarto: buhardilla con ventanas de vidrios emplomados, techo en declive y un muro saliente, cubierto, según comprobaban los muchísimos desgarrones, por incontables capas de papel tan florido como pasado de moda.

A juzgar por la habitación, el señor Lewisham pensaba poco en el Amor y mucho en la Grandeza. A la cabecera de la cama, por ejemplo, allí donde los creyentes fijan piadosas máximas, se destacaban, escritas con rasgos firmes, audaces y juvenilmente floreados: «*Saber es Poder.*» — «*Lo que el hombre ha hecho, un hombre puede hacerlo.*» Un hombre, en este segundo caso, era el mismo señor Lewisham. Nunca, ni en ningún momento, había de quedar relegada al olvido esta sentencia. El señor Lewisham se encontraba con ella todas las mañanas, al sacar la cabeza por el cuello de la camisa. Por encima de un cajón pintado de amarillo, en el cual — á falta de armario — el señor Lewisham colocaba sus libros, estaba fijo un *Esquema.* ¿Por qué había escrito *Esquema* en vez de escribir «Proyecto ó plan de vida»?... Explíquelo satisfactoriamente el editor de *Church Times,* que bautiza con el nombre de «Variedades» á la sección de noticias. En el *Esquema,* 1892, estaba señalado como el año en que el señor Lewisham se proponía graduarse de Bachiller en Artes en la Universidad de Londres, con la calificación de sobresaliente en todas las asignaturas, y 1895 era la fecha marcada para obtener la «medalla de oro». Sucesivamente publicaría «folletos defendiendo las ideas liberales» y otros trabajos análogos, cada uno de los cuales tenía ya determinado el plazo en que debía aparecer. «*El que quiere gobernar á los otros debe saber, desde el principio, gobernarse á sí mismo*»; esto se leía en la pared, por encima de la mesa lavabo; y detrás de la puerta, frente al pantalón de los días festivos, lucía un retrato de Carlyle.

No se trataba, en verdad, de amenazas vanas contra el universo: la lucha había principiado. Obras de Shakespeare, *Ensayos de Emerson* y la *Vida de Confucio,*

anotados, en ediciones de á penique el volumen, confundíanse con libros clásicos maltratados, con buenísimos manuales de la *Universal Correspondence Association,* y con colecciones de ejercicios; junto á esto, veíanse dos botellitas (de á diez céntimos) llenas de tinta negra y de tinta encarnada, y un sello de caucho con el nombre del señor Lewisham. Un trofeo de certificados grises-azules, expedidos por el Colegio de Kensington y reveladores de suficiencia en dibujo geométrico, astronomía, fisiología, fisiografía y química inorgánica, exornaba una de las paredes. Y no lejos del retrato de Carlyle, se destacaba, escrita á mano, la lista de los verbos irregulares franceses.

Más arriba de la mesa lavabo, sujeto con dos chinches de dibujante al techo, que se inclinaba con inclinación casi peligrosa, se encontraba una tabla de *Distribución del tiempo.* El señor Lewisham debía levantarse á las cinco de la mañana; de que esto no era jactancia vana, daban fe el despertador americano, de pacotilla, colocado en el cajón amarillo sobre los libros, y algunos pedazos de chocolate, reblandecidos por la humedad, que se hallaban en una tabla á la cabecera de la cama. «Francés hasta las ocho», decía la distribución del tiempo. Inmediatamente el desayuno, consumido en veinte minutos; luego, para decirlo con toda exactitud, veinticinco minutos de «literatura», estudio que consistía en aprender trozos, de preferencia muy rimbombantes, de las obras de Williams Shakespeare; después, á cumplir los deberes de maestro auxiliar en la escuela. La distribución del tiempo prescribía temas latinos en las horas de recreo, ciencias y matemáticas por la tarde, y en fin, con arreglo á cada día de la semana, variaba el empleo de las veinticuatro horas del día. Ni un minuto se otorgaba á Satán y á su tentador descanso. Sólo cuando se cumplen setenta años se tiene presunción y tiempo de estar ocioso. ¡Pero qué utilidad tan admirable la de semejante *Esquema!* ¡Hallarse levantado y trabajando á las cinco de la mañana, cuando todo el mundo está tumbado, abrigadito y con el cerebro en reposo ó torpemente obs-

curecido, y si alguien se despierta es para refunfuñar, bostezar y caer de nuevo en el sopor de la inconsciencia! A las ocho, ya se cuenta con tres horas de ventaja, ¡tres horas de ciencia ganadas á los demás! Según me ha dicho un sabio eminente, se necesitan mil horas, poco más ó menos, para poseer á fondo un idioma; partiendo de esta base y aplicando la regla al caso del señor Lewisham, tendremos ¡un idioma aprendido cada año, en el tiempo que media desde que se salta de la cama hasta que se toma el desayuno!... ¿Cabe imaginar nada más sencillo y más portentoso?... En seis años, el señor Lewisham poseería cinco ó seis idiomas, cultura intensísima y extensísima y hábitos extraordinarios de trabajo. Cuando cumpliera veinticuatro años, y la labor literaria y los folletos liberales comenzasen á fructificar, sería honra y prez de la Universidad y habría conquistado fama y fortuna. Lo que llegaría á ser el señor Lewisham á los treinta años... ¡asusta pensarlo!... Y, como es natural, al correr el tiempo y al adquirir experiencia, introduciría modificaciones en el *Esquema*.

El señor Lewisham estaba trabajando sentado frente á la ventana; escribía velozmente sobre otra caja vacía, puesta de costado, sin tapa, y acomodaba las piernas en el hueco de la caja que hacía oficios de mesa. La cama desaparecía bajo un montón de libros y de pliegos manuscritos corregidos por los «profesores corresponsales». De acuerdo con la distribución del tiempo, que colgaba del techo, le hubieran ustedes encontrado traduciendo del latín al inglés.

Imperceptiblemente, la velocidad de su mano fué acortándose. *Urit me Glyceræ nitor*, le volteaba en el cerebro, trastornándole. *Urit me*, murmuraba, y apartándose del libro se le fueron los ojos hacia la ventana, buscando, sobre las chimeneas enguirnaldadas de hiedra, la techumbre del presbiterio. Al principio, frunció el ceño; luego, lo desarrugó. *Urit me*...

Cogió el portaplumas con los dientes, y buscó, con la vista, un diccionario. *¿Urare?*...

De repente cambió de expresión y dejó caer el

brazo extendido hacia el diccionario. Escuchó y, á la parte de fuera, oyó rumor leve y acompasado. Era ruido de pasos.

Irguióse bruscamente, y alargando la cabeza, miró á la calle, á través de los cristales de sus inútiles anteojos y á través de las vidrieras de la ventana. Entrevió: un sombrero delicadamente adornado con flores blanco-sonrosadas; la espalda de una chaquetilla, la punta de una nariz y el extremo de una barba. Todo aquello pertenecía, seguramente, á la forastera que en la iglesia, el domingo anterior, estuvo sentada bajo la tribuna, al lado de los Frobisher. Entonces sólo consiguió verla de perfil. Ahora la siguió con la mirada, tanto cuanto la ventana se lo permitió, é hizo inútiles esfuerzos por verla volver la esquina de la calle...

Se estremeció, frunció las cejas, quitóse la pluma de entre los dientes y murmuró:

—¡Estas distracciones! ¡Por cualquier cosa!... ¿En qué estaba?... ¡Ah!...

Rechinó los dientes para demostrar su enojo, y volvió á sentarse y á colocar las piernas en el hueco del cajón.

—*¡Urit me!* — repitió, mordiendo el cabo de la pluma y buscando el diccionario.

Era hacia fines de Marzo, en el atardecer de un miércoles, de asueto para los alumnos; el día, hermosamente primaveral, llenaba los espacios de áurea luz; nubecillas de blancura deslumbradora rodaban por el azul purísimo del cielo; acá y acullá, los árboles poblábanse de yemas y de brotes verdeantes, y los pájaros se deshacían en himnos armónicos; era un día susurrante, perturbador, de universal renovación, preludio del estío. La tierra tibia hacía reventar las hinchadas simientes, y los bosques de abetos estremecíanse, dejaban oir los suaves crujidos de los brotes que se abrían rompiendo su cárcel de hojuelas. La impresión determinada por el despertar de la madre Naturaleza, conmovía no ya á la tierra, al aire y á los árboles, sino

también á la sangre moza del señor Lewisham, invitándole á desatacar los mandamientos del *Esquema.*

Atisbó el diccionario bajo un montón de papeles, buscó el significado de *Urit me*, apreció el brillante *nitor* del busto de Glycera, y abismóse nuevamente en voluptuosidades imaginativas, á las cuales se sustrajo con brusquedad.

—¡No puedo fijar la atención! — gruñó. Quitóse los anteojos inútiles, los limpió y se frotó los ojos. — ¡Este maldito Horacio, con sus epítetos sugestivos!... ¿Dar un paseo?... ¡No; no estoy dispuesto á dejarme vencer!...

Calóse otra vez los anteojos, y, con ruidosa violencia, se acodó sobre la caja y se cogió, con cada mano, los mechones de cabello próximos al oído...

Cinco minutos después, dióse cuenta de que estaba contemplando las curvas que describían las golondrinas en el zafíreo espacio, por encima de los jardines del presbiterio.

—¿Ha habido alguien que sepa dominarse menos?— se preguntó vehemente. — La culpa nace de un exceso de indulgencia: estar sentado es el principio de la pereza...

Entonces púsose de pie para escribir; pero, en tal posición, abarcaba con la mirada toda la calle de la villa.

—Si ha doblado la esquina inmediata á la oficina de Correos, volveré á verla allá abajo, por encima de las vallas de los terrenos que están en venta... — Tal fué el pensamiento que surgió en la región inexplorada é indisciplinada del cerebro del señor Lewisham.

Defraudando sus esperanzas, ella no volvió á dejarse ver. Evidentemente, no dió la vuelta por la esquina próxima á la oficina de Correos. Pues ¿adónde habría ido?... ¿Habría atravesado la población buscando la avenida?...

Súbitamente, una nubecilla veló la luz del sol; obscurecióse la deslumbrante calle, y la fantasía del señor Lewisham se sometió á la disciplina de su dueño. Tradujo, entonces, *mater sæva cupidinum:* madre indomable de los deseos. Horacio (libro de las *Odas)* era el autor señalado en el programa del concurso de la Universidad, y al fin el señor Lewisham había penetrado el sentido profético de la frase antecitada.

Cuando sonaron las cinco en el reloj de la iglesia, el señor Lewisham, con puntualidad realmente excesiva en un estudiante formal, cerró á Horacio, tomó á Shakespeare, y bajó por la angosta y no alfombrada escalera que descendía desde la buhardilla hasta la habitación donde diariamente tomaba el té con la señora Munday, dueña de la casa.

La buena señora estaba sola, y después de cambiar con ella algunas frases de cortesía, el señor Lewisham abrió su Shakespeare y, en tanto que engullía mecánicamente las rebanadas de pan con manteca y el almíbar de frutas, principió á leer en un pasaje que dejó señalado el día anterior. La señal, dicho sea entre paréntesis, estaba en mitad de una escena.

La señora Munday lo observaba por encima de las antiparras y reflexionaba acerca de lo nocivo que resulta para la vista el leer mucho; pronto cortó el hilo de sus reflexiones el sonar del timbre que la llamó á la tienda á despachar á un parroquiano. A las seis menos veinticinco, el señor Lewisham dejó el libro en el alfeizar de la ventana, sacudióse las migajas que le habían caído en el traje, se cubrió con su gorra de casquete, que estaba colocada sobre la caja del té, y se dirigió hacia la escuela.

La calle estaba desierta y resplandecía, bruñida por los rayos del sol poniente. La hermosura del espectáculo le cautivó y olvidóse de repetir de memoria el trozo de *Enrique VIII*, que debió ocuparle el pensamiento durante el camino. Recordaba la mirada rebelde que lanzó por la ventana, y recordaba la puntita de una nariz y el extremo de una barba. Sus ojos adquirieron expresión soñadora.

Abrióle la puerta de la escuela un chico servicial, que le presentó el cuaderno de ejercicios para que lo revisase.

El señor Lewisham sintió al entrar un cambio ex-

traño de atmósfera. La puerta cerróse tras él. Con la monotonía del decorado escolar, con las paredes cubiertas de papel imitando al mármol amarillo, con las largas hileras de perchas y la exhibición de vetustos paraguas, con una capa raída acá y un libro deshojado y roto más allá, la sala de estudio parecía triste y obscura, contrastando con la impresión luminosa de la riente tarde primaveral que afuera dejaba. Cruzóle por la imaginación la inusitada idea de lo que hay de opaco en la existencia de un profesor. Fijóse al cabo en aquellos renglones trabajosamente escritos en tres páginas del cuaderno de ejercicios y los marcó con sus iniciales, J. E. L., garrapateándolas mayúsculamente en mitad de cada hoja... Familiar y confuso llególe, por las puertas abiertas, el ruido de los juegos escolares...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO II

SEGÚN SOPLA EL VIENTO...

La famosa distribución del tiempo, aquel programa por cuya virtud los demonios del ocio quedaban eliminados de la carrera del señor Lewisham, tenía un defecto: la omisión de un artículo vedando el estudio al aire libre. Esta omisión se patentizó al siguiente día de aquel en el que, según se ha narrado en el anterior capítulo, hubo que registrar la insignificancia de una mirada dirigida á la calle; por cierto que el día en que la apuntada omisión se puso de relieve, fué aun más seductor y hermoso que el precedente. Al atardecer, en vez de volverse directamente desde la escuela hasta su casa, el señor Lewisham, aprovechando la dicha omisión, se encaminó, con su Horacio en la faltriquera, hacia las verjas del parque, y luego prosiguió hasta la avenida, sombreada por añosos árboles, que sirve de cinturón al amplio dominio de Whortley. Logró desechar del pensamiento la sospecha del verdadero motivo que le guiaba. Efectivamente, en la avenida, que es camino poco frecuentado, se podía trabajar con tranquilidad absoluta. El aire libre y el paseo son, sin género de duda, más favorables para el estudio que una habitación cerrada, cuya atmósfera sofoca y enerva, y es indiscutible que el aire libre y el paseo resultan necesarios para el despejo cerebral y para la salud corpórea. Soplaba el blando céfiro, y en los árboles, inundados de brotes, oíanse crujidos de renovación primaveral.

A través de las copas de las hayas, filtrábanse rayos

de áurea luz; las ramas ostentaban esmaltes esmeraldinos de yemas.

«*Tu nisi ventis*
debes ludibrium, cave.»

Este era el tema de las reflexiones del señor Lewisham, que, hojeando el vocabulario para encontrar la acepción de *ludibrium*, intentaba maquinalmente fijarse en el libro entreabierto por tres distintos lugares — texto, notas y traducción literal, — cuando su atención, que vagaba temerariamente más allá de la página, saltó de ella y corrió con velocidad extraordinaria hasta el extremo de la avenida...

Una joven, cubierta con sombrerillo adornado de rosas blancas, paseaba por la senda. También la joven parecía consagrarse á labores literarias, y lo que iba escribiendo la absorvía en tales términos que no se fijó en el maestro auxiliar.

Sintióse el señor Lewisham invadido por extrañas emociones, las cuales no tenían explicación lógica con la sencilla suposición de que fuesen determinadas por un encuentro casual. Lo que para sus adentros se dijo, resultaba sospechoso:

—¡Es ella!

Con el libro en la mano, resuelto á aparentar que leía si la joven levantaba la vista, la observaba atentamente. *Ludibrium* había huído del mundo de sus ideas.

—Es claro — pensaba el señor Lewisham — que no se ha dado cuenta de mi presencia, atendiendo sólo á lo que escribe. Pero ¿qué escribirá?...

La estatura de la joven, amenguada por su actitud pensativa, resultaba infantil. La falda, corta, permitía ver los zapatitos y la pierna hasta el tobillo. Al verla caminar lenta y graciosamente, antojósele que era una visión de salud y de alegría, envuelta en rayos de sol. Más tarde volvió con asombro á evocar esta idea, que maldito si se ajustaba á las prescripciones del *Esquema*.

La joven seguía andando y aproximándose más y

más, sin levantar la vista. El señor Lewisham experimentaba el deseo confuso y necio de dirigirle la palabra, sin pretexto para ello. Sorprendíase de no haber sido visto aún, y, á pesar de que nada esperaba, aguardaba casi con ansiedad el instante en que lo mirase.

—¿Cómo me encontrará? — se preguntaba, pensando en si la borla de su gorra estaría bien ó mal colocada.

Naturalmente, no le era posible alargar la mano y cerciorarse de ello. Casi, casi, temblaba de emoción.

Sus pasos, sus movimientos, habitualmente automáticos, se trocaron en vacilantes y en torpes. Cualquiera diría que iba á hallarse por vez primera ante una criatura de carne y hueso. Las distancias se acortaban extraordinariamente... Ya sólo faltaban diez pasos... nueve... ocho... ¿Pasaría sin levantar la cabeza?...

De repente sus miradas se cruzaron.

La joven tenía los ojos negros; pero el señor Lewisham, que se las daba de muy inteligente en punto á ojos bonitos, no acertó á encontrar calificativo para aquel matiz. Ella lo miró modestamente, pero cara á cara, y sin demostrar haber hallado nada excepcional en su semblante; luego, paseó la mirada errabunda por la arboleda, y prosiguió andando... y no quedó, ante Lewisham, más que la avenida desierta y el vacío iluminado por el sol y engalanado de verdores.

El incidente había terminado.

De la lejanía, el suspiro ondulante del céfiro llegó hasta él, y, repentinamente, los retoños se estremecieron, temblaron y crujió el ramaje al sentir el latigazo del viento. Aquello fué como una invitación á marcharse. Las hojas muertas, que antaño fueron verdes ó amarillas, se arremolinaron, se persiguieron, subieron, bajaron y se entregaron á loco danzar; luego, algo extraño fué á darle en el cuello, le acarició un instante y voló y revoló ante él, por la avenida.

Fijóse y vió algo blanco. ¡Era una hoja de papel! ¡Era la hoja en que *ella* escribía!

Durante un lapso de tiempo que se le antojó extremadamente largo, no pudo darse cuenta de la situación. Miró por encima del hombro, lo comprendió todo y su

turbación se disipó. Con el Horacio en la mano, emprendió la caza del fugitivo documento, y después de algunas zancadas lo atrapó. Volvióse hacia la joven, ruboroso por el triunfo, con la presa en la mano. Había leído lo escrito en la hoja, mas en aquel instante, la emoción le dominaba. Se adelantó un paso y sólo entonces entendió lo que leyera. ¡Eran renglones, todos de igual longitud y comenzados todos por mayúsculas! ¿Sería realmente?... Detúvose. Miró de nuevo el papel y frunció las cejas. La joven estaba ante él, contemplándole con fijeza. Los renglones habían sido escritos con estilógrafo, y decían:

Me he reído durante la clase.

Y seguían diciendo:

Me he reído durante la clase.

Y continuaban diciendo siempre:

Me he reído durante la clase.
Me he reído durante la clase.

Y así, invariablemente, hasta llenar la página, con caracteres de letra infantil, que se asemejaba asombrosamente á la de... á la del alumno Frobisher número 2... ¡Sí! ¡Efectivamente!...

—Pero... yo... — balbució el señor Lewisham, azorado por lo que acababa de descubrir y olvidando, en su azoramiento, las reglas más elementales de cortesía.

Recordaba perfectamente haber impuesto este castigo á Frobisher número 2; castigo que mereció el chico por haber soltado la carcajada, de un modo inconveniente, durante la clase. Sorprender á la joven ocupada en semejante tarea, distaba grandemente del ideal que de ella se había formado. Hasta cierto punto, se le figuraba que le había hecho traición. Esta impresión, hay que confesarlo, fué muy fugaz.

—¿Hace usted el favor de devolverme esa hoja de papel? — le dijo la joven, con cierta brusquedad.

Ella era de estatura algo más pequeña que él.

—¿Te has fijado bien en sus labios?... — decía la madre Naturaleza al señor Lewisham, en un aparte silencioso, llamándole la atención sobre un detalle que siempre hubo de recordar.

La joven lo miraba recelosamente.

—Pero... — exclamó él, dejándose llevar por un resto de indignación. — Usted no debiera hacer lo que está haciendo.

—¿Qué estoy haciendo?...

—¡Esto!... ¡Esto!... Escribir el castigo que estaba obligado á escribir el alumno al cual se lo impuse.

La joven frunció las cejas, y fingiendo á un tiempo sorpresa é ignorancia, preguntó:

—Pero entonces, ¿es usted el señor Lewisham?

Lo conocía perfectamente; pero, con fingir, encontraba pretexto para entablar conversación.

El señor Lewisham se inclinó afirmativamente.

—¡Oh!... ¡Es imposible!... — Luego, añadió francamente: — En tal caso, estoy cogida.

—Me temo que sí — exclamó el señor Lewisham. — Sí, creo que he cogido á usted con las manos en la masa.

Se miraron sin hablar. Al cabo, ella se decidió á invocar circunstancias atenuantes.

—Eduardito Frobisher es mi primo. Ya sé que no he procedido bien; pero... ¡me dió tanta lástima oirle quejarse de lo mucho que tenía que estudiar y de los temas tan largos que había de escribir!... Yo, en cambio, no tenía que hacer, absolutamente nada. En fin, que fuí yo la que le propuse...

Se detuvo y lo miró, creyendo haberse justificado suficientemente. Este encuentro de miradas, resultó desconcertante para el maestro. Intentó ceñir la conversación al tema del castigo.

—No ha debido usted hacer lo que ha hecho — repitió afrontando resueltamente al enemigo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La joven bajó los ojos, y luego, alzándolos audazmente, murmuró:

—Tiene usted razón; no he debido hacerlo... estoy avergonzada...

Bajó y alzó alternativamente la vista, y esta maniobra fué de efecto aun más desconcertante. Se le antojó al señor Lewisham que iban camino de discutir algo completamente extraño al asunto de que trataban; este antojo era innegablemente absurdo y sólo se explicaba por la turbación de que se sentía poseído. Hizo un gran esfuerzo para contenerse dentro del límite de la censura correcta.

—Sepa usted que hubiera notado la diferencia de caracteres de letra.

—¡Lo creo! He procedido mal al proponer semejante superchería... yo tengo toda la culpa... Mi primo estaba tan disgustado... me compadecí...

Quedóse cortada, tímida, ruborosa. El color sonrosado de sus mejillas se trocó en escarlata. Repentinamente, neciamente, el señor Lewisham se sonrojó. En el acto comprendió la necesidad de sobreponerse á aquella nueva emoción.

—Puedo demostrar á usted — exclamó briosamente — que nunca, nunca, impongo un castigo que no esté muy merecido. Me he trazado una regla de conducta... sí... me he trazado una regla invariable de conducta... y... verdaderamente... jamás procedo con ligereza...

—Crea usted que estoy realmente avergonzadísima — insinuó compungida la joven. — Reconozco que he hecho mal.

El señor Lewisham, al oir tales excusas, experimentó inexplicable pesadumbre, y comenzó á hablar, preocupadísimo con los rubores que sentía le asomaban al rostro.

—No opino de igual modo — balbució con tardío apresuramiento. — En realidad, usted ha obrado bondadosamente, acaso con excesiva bondad. Y sé, y adivino y comprendo que... que esta bondad...

—...me arrastró. Y ahora, el pobre Eduardito sufrirá un castigo más severo por haberme dejado...

—¡Oh! ¡No! — interrumpió el señor Lewisham, pescando al vuelo la ocasión y procurando no sonreir de gusto al pensar en lo que iba á decir. — He sido muy indiscreto al leer esta hoja cuando la recogí. He sido altamente indiscreto... y por lo tanto...

—¿Obrará usted como si no la hubiera leído?...

—¡Sí! — contestó el señor Lewisham.

Tranquilizóse la joven y sonrió mirando al maestro, que sonreía afectuosamente.

—Lo que hago — añadió éste — no tiene importancia. Ya comprenderá que no podía hacer otra cosa.

—Pero estoy segura de que muy pocos procederían así. Los profesores no suelen ser tan... caballerescos.

¡Era caballeresco!... El adjetivo le hizo el efecto de una espuela. Cediendo á irreflexivo impulso, principió á decir:

—Si usted lo desea...

—¿Qué?...

—No es absolutamente necesario que se cumpla este castigo. Lo perdono.

—¿De veras?...

—Sí.

—¡Oh! Es usted amabilísimo.

—¡Bah! Se trata de una pequeñez; no tiene importancia...

Estaba muy satisfecho por haber sacrificado á la justicia de un modo tan escandaloso.

—Repito que es usted amabilísimo.

—Si al fin y al cabo se trata de una insignificancia; de una verdadera insignificancia...

—Casi todos, en el lugar de usted, se hubieran negado...

—¡Indudablemente!

Hubo una pausa.

—Pues, perfectamente... Todo está arreglado.

El señor Lewisham hubiera dado el mundo entero por encontrar algo más que decir, algo que tuviese ingenio y originalidad... Pero no encontró nada.

Prolongábase la pausa; la joven miró de soslayo hacia el final de la avenida desierta. La entrevista,

aquella importante serie de sucesos, llegaba á su término. Miró al maestro con vacilación, y volvió á sonreirse. Luego le tendió la mano. La cosa era naturalísima, y, con serlo, soliviantó más y más el ya soliviantado cerebro del maestro.

—Es usted amabilísimo — repitió la joven.

—Insisto en que la cosa no tiene importancia — contestó el señor Lewisham, buscando inútilmente alguna frase que sirviese para continuar la charla.

La manita de la joven era fresca, suave, sedeña; resultaba una delicia estrecharla, y esta sensación anulaba todos los pensamientos del maestro. Retuvo aquella mano durante un momento, pero la inspiración no acudió á favorecerle.

Ambos se dieron cuenta de lo tonto de la situación, se echaron á reir, se soltaron las manos como amigos íntimos, y se separaron con torpeza y encogimiento. La joven se volvió, lo miró tímidamente, dudó, y al fin, tomando una resolución repentina, se alejó diciendo:

—¡Hasta la vista!

El señor Lewisham se inclinó respetuosamente, hizo con la gorra un saludo digno de un cortesano de la centuria décimoséptima, y sintió que, en una hasta entonces inexplorada región de su cerebro, surgía un deseo loco.

Apenas se había alejado la joven diez pasos, se apresuró á reunirse con ella.

—Desearía... — balbució, espantado de su audacia, y descubiéndose á medias, como si viese pasar un entierro. — Yo... esta hoja de papel...

—¿Qué? — exclamó la joven, con mucha naturalidad, á pesar de la sorpresa que experimentaba.

—¿Tendría usted la bondad de dármela?...

—Pero... ¿para qué?...

El maestro sentía jubilosa ansiedad, cual si se deslizase blandamente sobre un escarpe lleno de nieve.

—Me agradaría tenerla.

Frunciendo las cejas para demostrar extrañeza, riendo con risa forzada, y mostrándole la hoja de papel arrugada, le dijo la joven:

—¡Mírela!

—A usted no le sirve para nada — murmuró riendo el señor Lewisham.

Lentamente se apoderó del papel y lo arrugó entre los dedos temblorosos.

—¿De veras permite usted?... — le preguntó.

—¿El qué?...

—Que me lo guarde.

—¿Por qué no lo he de permitir?...

Hubo una pausa. Volvieron á encontrarse sus miradas. En aquel intervalo de silencio palpitante, experimentaron ambos extraña opresión.

—Es *preciso* que me marche — exclamó de repente la joven, rompiendo con esfuerzo el encanto que les envolvía.

Y se alejó, dejándolo con el trozo de papel arrugado en la misma mano en la que tenía el libro, mientras que con la otra mano se quitaba, para dirigir un saludo majestuoso, la gorra de casquete.

El corazón del señor Lewisham palpitaba con violenta palpitación. Siguió con la vista la silueta que iba perdiéndose. ¡Cuán esbelta y gallarda le parecía! Rayitos de sol caían sobre ella de tiempo en tiempo. La joven caminó con rapidez al principio, con lentitud luego, mirando alguna que otra vez á los lados, pero nunca hacia atrás. Cuando llegó á la cancela del parque, aquella figurita amiga, antes de desaparecer en la lejanía, se volvió, hízole un gesto de adiós y se fué.

El señor Lewisham sintióse con las mejillas inflamadas y con las pupilas brillantes. Cosa curiosísima: estaba muy sofocado. Durante largo rato permaneció contemplando fijamente el final de la avenida. Luego volvió la vista hacia el trofeo que estrujaba en la mano, contra el cerrado y olvidado libro de Horacio.

CAPITULO III

UN DESCUBRIMIENTO MARAVILLOSO

Todos los domingos, el señor Lewisham estaba obligado á acompañar á los alumnos internos á los dos oficios religiosos. Los escolares tenían sitio reservado en la galería alta del coro, frente al órgano, formando ángulo recto con los bancos de los fieles. Esta posición elevada producía en el señor Lewisham la impresión penosa de hallarse en lugar muy visible; tal impresión sólo dejaba de molestarle en los momentos de excepcional vanidad, en los cuales se imaginaba que todo el mundo debía admirarle y pensar que tenía tanto talento como diplomas académicos. Por entonces, el maestro se pagaba muchísimo de su ciencia y de sus títulos y no se preocupaba de su aspecto físico, juvenil y rozagante. Muy rara vez bajaba la vista á la nave, por estar convencido de que iba á encontrarse las miradas de todos fijas en él; así, pues, en los oficios de la mañana no vió que el banco de los Frobisher estuvo vacío hasta las letanías. Pero, después del medio día, yendo á la iglesia, los Frobisher y su parienta atravesaron la plaza del Mercado, en el momento en que el profesor, con sus alumnos, marchaba por uno de los lados de la misma plaza. La joven vestía traje nuevo, de colores alegres, como si estuviese ya en Pascua florida; aquel rostro juvenil, orlado por negra cabellera, prodújole una sensación extraña de lozanía y de familiaridad. Ella lo miró tranquilamente. El sintióse azorado hasta el extremo de no atreverse á saludar á su nueva amiga. Después de haber titubeado, quitóse el sombrero bruscamente, como dirigiéndose al señor Frobisher. Ninguna de las dos damas le devolvió el saludo, lo cual le sorprendió muchísimo. En aquel instante, al joven Siddons se le cayó el libro de oraciones y se bajó para recogerlo. El señor Lewisham tropezó, y á poco más da la voltereta sobre el alumno...

Prontamente se consoló, al ver á la joven mirar hacia la galería antes de sentarse en su banco; y más tarde, al arrodillarse para orar, volvió á verla y volvió á encontrarse con su dulce mirada.

Estaba seguro de que la joven no se burlaba de él.

En aquella época, el señor Lewisham no había explorado una región de su cerebro. Entre otras muchas creencias, tenía la de que él era constantemente, invariablemente, uniformemente, el mismo ser, con la misma inteligencia y voluntad; pero reconocía que, bajo el influjo de ciertos estímulos, perdía inmediatamente la serenidad de juicio y la disciplina intelectual, convirtiéndose en un sujeto imaginativo y fácil á la emoción. La música, por ejemplo, y el canto de las masas corales, lo arrastraba cual si fuese envuelto en un torbellino, le hacía olvidarse de preocupaciones y le excitaba hasta el grado máximo de lo emocional.

En el oficio vespertino que se celebraba en la iglesia de Whortley — en el cual los oficiantes se revestían con sobrepellices, — los rezos y los cánticos, la claridad confusa de los cirios y la regularidad con que los fieles se arrodillaban y se levantaban á coro, le embriagaba indefectiblemente, le inspiraba y, hasta si se quiere, metamorfoseaba en poesía la prosa de su vida. La casualidad, colaborando en la obra de la madre Naturaleza, murmurábale al oído, en aquella hora de aguda impresionabilidad, frases de sugestión.

El cántico segundo era sencillo y popular, era una loa á la Fe, á la Esperanza y á la Caridad, y cada una de las estrofas concluía con la palabra *amor*. Hay que calcular el efecto de este canto, entonado solemnemente, con solemnidad de plegaria:

Todo... pasa... y todo... mue...re...
el... placer... como... el do...lor...
cuanto... halaga... y cuanto... hie...re
sólo... es... eterno... su... a...mor...
¡dul...ce... a...mo...or!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al repetir estas frases, el señor Lewisham miró hacia la nave y se encontró con la mirada de su amiga...

Bruscamente interrumpió el cántico. Entonces, con lucidez extraordinaria, dióse cuenta del sitio en que se hallaba y de la multitud que podía verle, y ya no se atrevió á volverla á mirar. Sintió que la sangre se le agolpaba en el rostro.

¡El amor sobrevivía á todo y era más grande que todo!... ¡Superior á la ciencia!... ¡Mejor que la gloria!... Y así fué como el maestro hizo el descubrimiento maravilloso que le inundó, en oleada gigantesca, el alma, y que, embriagándole, unido con la cadencia de los cánticos piadosos, puso flores de rubor en sus mejillas. El resto de los oficios pasó, como delirio fantasmagórico, ante esta realidad positiva: él, el señor Lewisham... ¡estaba enamorado!

¡A...mén!... Tan abstraído se hallaba que continuó de pie, mientras los demás fieles se hallaban sentados.

Bruscamente, con violencia que pareció repercutir en la anchurosa nave del templo, dejóse caer en su banco.

Luego, cuando al atravesar el pórtico se encontró con las sombras del anochecer, creyó verla por todas partes. Suponiendo que la joven habría ya salido, hizo que los alumnos apretasen el paso, fiando en darle alcance. Caminando por entre los grupos de personas que volvían á sus casas, creyó divisarla... ¿Debería saludarla nuevamente?... ¡Ah, no era ella! Era Susana Hopbrow, vestida con traje claro: ¡un cuervo con plumaje de paloma! Mezcla confusa de desesperanza y de tristeza le asaltó. ¡Ya no la vería más aquella tarde!... Desde la escuela regresó apresuradamente á su domicilio. Sentía absoluta necesidad de estar solo. Subió hasta la reducida estancia que ocupaba y tomó asiento ante la caja vacía, sobre la cual aun continuaba abierto un *Tratado de Lógica.* Sin cuidarse de encender la bujía, mecióse en la silla contemplando beatíficamente la luna argentada que ascendía por el infinito azul, sobre los árboles del presbiterio.

Sacó del bolsillo el papel arrugado — que tuvo cuidado de extender y de doblar — lleno de renglones escritos con caracteres muy semejantes á los de la letra de Frobisher número 2, y, después de algunas vacilaciones ingenuamente tímidas, besó aquella hoja. El *Esquema* y la *Distribución del tiempo* se balanceaban en las tinieblas como cosas que fueron, como fantasmas de sí mismos.

La señora Munday tuvo que llamar tres veces al señor Lewisham para que bajase á comer.

Inmediatamente después de tragar el último bocado, salió y paseó á la luz de las estrellas hasta llegar á la colina que se alzaba detrás de la población, y hasta verse encima de un vallado desde el cual dominaba la casa de los Frobisher. Fijóse en la única ventana que había iluminada y se dijo que era la de *ella.* Tras de los visillos y frente á un espejo, la señora de Frobisher, corpulenta matrona de treinta y ocho años, se ocupaba en ponerse papelillos para rizarse el cabello — nunca usaba tenacillas por temor á la calvicie — y murmuraba de los vecinos con el señor Frobisher, que estaba ya acostado. Hubo un momento en que tomó la bujía para mirar de cerca, en el espejo, una manchita inquietante que le afeaba el cutis.

Y afuera, el señor Lewisham, jovenzuelo de diez y ocho años, permaneció más de media hora contemplando la claridad del rasgado ventanal hasta que la claridad se extinguió, sumiendo á la casa en la obscuridad y en la tristeza. Entonces exhaló hondo suspiro, y melancólicamente volvió á su morada.

A la mañana siguiente despertóse grave y formal, recordando, sólo por manera confusa y vaga, los incidentes del día anterior. Dirigió la vista hacia el reloj: eran las seis y no había oído el timbre del despertador. Conviene advertir que no se acordó de darle cuerda. De un brinco saltó de la cama y se lanzó sobre el pantalón de los días festivos, que estaba tirado en el suelo, en vez de estar cuidadosamente extendido sobre el respaldo de una silla. Enjabonándose la cara intentó, según costumbre, evocar la lectura de la víspera. Mas á pesar de esforzarse grandemente, no recordó nada. En el momento de ponerse la camisa, se dió cuenta de

la realidad. La cabeza, que había desaparecido entre los faldones, permaneció inmóvil; las mangas, sin manos, se estuvieron quietas un minuto...

Luego sacó lentamente la cabeza y dejó ver en el semblante el reflejo de la más profunda estupefacción. ¡Ya se acordaba! Recordaba, sin la más leve emoción, como quien recuerda un descubrimiento positivo, todo lo acaecido en el día anterior; lo recordaba todo con claridad perfecta, desprovista de matices románticos...

Sí... Evidentemente, sí... Aquello era lo que había pasado... No había leído nada la víspera, porque... ¡porque estaba enamorado!...

Al efectuar esta comprobación, experimentó tanta extrañeza como disgusto. Quedóse inmóvil un instante; después principió á buscar distraídamente el botoncillo del cuello postizo, y, buscándolo, buscándolo, se encontró frente al *Esquema* y se quedó contemplándolo.

CAPITULO IV

ASOMBROS

—¡De cualquier modo, es preciso que realice mi labor! — se dijo el señor Lewisham.

Pero nunca, como entonces, se le presentaron en forma tan sugestiva las infinitas ventajas de estudiar al aire libre. Todos los días, antes del desayuno, salía á leer durante media hora, paseando por el camino que bordeaba á los terrenos incultos próximos á la casa de los Frobisher. Después del desayuno, y antes de entrar en clase, volvía á andar y á desandar la misma senda, siempre pertrechado de un libro. Nuevamente tornaba al salir de la escuela, de paso para su vivienda, y aun encontraba resquicio para vagar treinta minutos por el mismo sitio, antes de dar las lecciones de la tarde.

En estos ratos de estudio al aire libre, hay que declarar que el señor Lewisham llevaba constantemente un volumen abierto en la mano; pero es fuerza decir que, también constantemente, miraba hacia atrás y hacia delante, á la derecha y á la izquierda, tal vez con el objeto de ver...

Y efectivamente, *la* vió con el rabillo del ojo y se volvió en el acto, aparentando no haberla visto. Estaba vibrante de emoción. Apretó fuertemente el libro que tenía en la mano. Sin volver la cabeza, caminó lentamente, acompasadamente, leyendo una oda, que no hubiera podido traducir aun cuando en ello le fuese la vida, y escuchando con ansiedad los pasos que se acer-